

Santo

biblicom.org

Índice

1 - La santidad	3
2 - Otras explicaciones sobre “la santidad”	6
2.1 - Significado	6
2.2 - El Antiguo Testamento	6
2.3 - El Nuevo Testamento	8

1 - La santidad

Según la revelación bíblica la santidad es:

1. Una cualidad fundamental de Dios y de su Espíritu;
2. Una virtud indispensable de todo verdadero creyente; y
3. Un atributo de ciertos lugares, objetos, días, fechas, acciones, etc.

La palabra hebrea *kadosh* significa puro, física y ritualmente; pero sobre todo moral y espiritualmente. A veces se traduce como «separado», apartado, cortado, consagrado (comp. [Lucas 2:23](#), citando [Éx. 13:2](#)).

Algunos autores insisten demasiado en la idea de separación, pero es cierto que la pureza consiste en estar separado de toda mancha, de todo pecado (comp. [Lev. 19 - 22](#), donde se repite varias veces el mandato de ser santos).

Cuando Isaías oyó a los serafines proclamar: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos», gritó: «¡Ay de mí!... Hombre inmundo de labios...», entonces su iniquidad fue quitada, su pecado expiado ([Is. 6:2-7](#)).

¡Esta es la purificación para ser santos! Según [2 Crónicas 29:15](#), los levitas se santificaban para poder purificar la Casa de Jehová. Ser santo es lo contrario de ser impuro, [Hageo 2:12-13](#) (comp. [Lev. 11:43-44](#)).

- El N.T. utiliza el término *hagios*, que también significa a veces separado, consagrado, aparte de [Lucas 2:23](#), pero más a menudo «puro». Ser santo es ser «sin mancha ni arruga ni nada parecido» ([Efe. 5:26-27](#)).

Y en [2 Corintios 7:1](#) leemos: «Purifiquémonos de toda impureza de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios».

Aunque a veces, en el AT, se menciona la santidad esencialmente ritual, la noción se vuelve cada vez más espiritual y moral con la revelación progresiva. Pero también hay objetos sagrados: lugares, viviendas, ciudades, vestidos, pero sobre todo el tabernáculo y el Templo con todo lo que se utiliza para el culto. Hay convocatorias santas, una nación y un pueblo santos, etc. ([Éx. 20:8; 30:31; 31:10; Lev. 21:7; 23:4; Núm. 5:17](#)).

- Nuestra santidad está estrechamente relacionada con la santidad de Dios. «Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos

para que seáis míos» (Lev. 20:26).

Aunque este pasaje menciona la separación, todo el capítulo habla también de la pureza de la conducta. Estudiemos cuidadosamente lo que la Biblia nos dice sobre la santidad de Dios:

- La santidad de Dios es su cualidad esencial y fundamental. Su pureza absoluta e inmaculada manifiesta su gloria radiante y eterna.
- «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Is. 6:3; 57:15). Esta santidad nos mueve a la adoración: «Postraos ante el estrado de sus pies; él es santo» (Sal. 99:5; 103:1). «Alabad la memoria de su santidad» (Sal. 97:12; comp. Éx. 15:11; Is. 12:6).
- La santidad de Dios se manifiesta tanto en su justicia como en su amor. Su justicia le obliga a castigar al pecador; pero es inseparable de su amor, que trata de salvarlo. «No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín... el Santo en medio de ti» (Oseas 11:9).

La justicia sin amor no es santa; ejemplo: la justicia implacable de un tribunal. Pero el amor sin justicia tampoco es santo, por ejemplo, el amor despiadado de una madre débil. El arca de la alianza lo ilustra muy bien: el propiciatorio, la cubierta de oro sobre la que se rociaba la sangre de la expiación, simboliza la gracia, el amor de Dios; pero debajo estaba el rollo de la Ley, que representa la justicia del Dios que perdona.

Porque el propósito del perdón es restaurar el orden moral. Esta es la esencia de la santidad, sobre la que velaban simbólicamente los dos querubines de oro. Muchos pasajes bíblicos asocian estrechamente la justicia y el amor de Dios, con la noción de santidad siempre implícita, al menos en el contexto. Los términos utilizados son a veces «fidelidad y bondad», «ira y misericordia», «castigo y gracia». El Decálogo dice que Dios castiga la iniquidad, pero también muestra misericordia (Éx. 20:5-6). Citamos aún: Salmo 78:38; Isaías 54:5-8; 57:15-18; 60:9-10; Salmo 98:1-3.

El Señor reprende a los fariseos por haber descuidado «la justicia y el amor de Dios» (Lucas 11:42).

Pablo dice que la gracia reina a través de la justicia, y que «el amor, pues, es el cumplimiento de la Ley» (Rom. 13:10; 5:21; 11:22).

La santidad de Dios, de la que depende nuestra santidad, es, pues, efectivamente, una combinación de justicia o pureza absoluta y de amor infinito. Esto nos lleva a

ver que la manifestación suprema de la santidad de Dios es la muerte expiatoria de su Hijo. La cruz del Calvario es la expresión sublime de la unidad alcanzada entre su severa justicia y su amor redentor. En cuanto a la importancia de nuestra santidad, recordemos que Cristo volverá «para ser glorificado en sus santos» (2 Tes. 1:10).

En el AT, la palabra santidad, sugiere la separación de una persona o cosa de las realidades comunes o seculares para el uso divino. Así, puede haber una tierra santa (Éx. 3:5), una santa convocación (Éx. 12:16) y una nación santa (Éx. 19:6), lo que implica dedicación a Dios más que pureza moral. La nación santa fue llamada así porque fue apartada por Dios y para Dios; luego le dio las prescripciones éticas de la ley. La santidad viene así a significar lo que ha sido elegido por Dios y se le ha dado un carácter conforme a su ley.

La santidad pertenece a Dios (1 Sam. 2:2) y se refiere a su perfección moral y a la ausencia de cualquier cosa que limite su perfección (Hab. 1:13); es el resplandor de todo lo que Dios es, reuniendo todos sus demás atributos. A medida que la revelación de Dios avanzaba en la era del AT, la aplicación del término «santo» a las personas pasó de la idea de dedicación a un Dios santo a la de una calidad de vida moral, y esta es su principal connotación en el NT. El pueblo de Dios está llamado a participar en su santidad (Hebr. 12:10). La santidad divina es otorgada al alma humana en la regeneración espiritual y se convierte en la fuente del carácter santo. Jesús es el ejemplo supremo de la santidad divina, que es mucho más que la mera impecabilidad. Su santidad era una dedicación positiva a la voluntad y al propósito de Dios (Juan 17:19). Los apóstoles se referían a los cristianos como «santos», y el término fue de uso común al menos hasta el siglo 2, cuando empezó a convertirse en un título de honor.

El NT subraya la naturaleza moral de la santidad y la presenta como el objetivo más elevado de la vida cristiana; también subraya la permanencia eterna del carácter moral (Apoc. 22:11). Dado que la santidad de Dios no podía permitir un universo en el que el pecado acabará prevaleciendo, el juicio sobre el pecado es una consecuencia de la santidad de Dios. Pero la santidad de Dios también garantiza que habrá una restauración y regeneración final del universo moral (2 Pe. 3:13).

2 - Otras explicaciones sobre “la santidad”

2.1 - Significado

En el AT, la principal raíz hb. correspondiente al tema de la santidad es qdš. Aparece como sustantivo, verbo y adjetivo 850 veces. En la versión de los Setenta, qdš suele traducirse por palabras de la familia hagios. Los estudios etimológicos han demostrado que qdš puede asociarse a la idea de “separación” y “brillo”, pero los resultados de estos estudios tienen un interés limitado. Es más fructífero considerar el término en cuestión como el núcleo de un concepto que se desarrolla en relación con su contexto y el campo semántico correspondiente.

2.2 - El Antiguo Testamento

La idea de santidad está en el centro de la revelación divina y del llamado de Israel (Éx. 19:6; Lev. 19:2). Esto pone de manifiesto las dos dimensiones de la santidad. En cuanto a Dios, la santidad forma parte de su naturaleza esencial, de su propio ser (Éx. 15:11; Is. 6:3; Amos 4:2). Con respecto a los seres humanos, los objetos, los tiempos y otras cosas diversas, como las guerras y los pactos (Dan. 11:28), la santidad está siempre vinculada y depende de la proximidad del Dios santo. La santidad es a veces también un atributo de los seres celestiales menores (Sal. 89:6-7; Zac. 14:5), pero el contexto indica que son santos porque viven en la proximidad de Dios.

La santidad de Dios está siempre asociada a otras palabras bíblicas y post bíblicas: poder, gloria, trascendencia, singularidad, exclusividad, pureza, peligrosidad. En el pasado se ha enfatizado la trascendencia, pero la imagen bíblica básica es la de un Dios santo que está en medio de su pueblo (Oseas 11:9). Esta es la imagen que aparece en los primeros capítulos del Génesis (3:8). La santidad de Dios no lo hace inaccesible (Is. 57:15). Por el contrario, es un Dios que busca, cuya santidad se expresa en su acción salvadora (Is. 40 - 55). Al mismo tiempo, uno solo puede acercarse a Dios sobre la base de Sus propios fundamentos. La finalidad del culto es ofrecer al pueblo de Dios las condiciones adecuadas para el encuentro con el Dios santo. Acercarse a Dios sin tener en cuenta la condición de santidad, sería peligroso (Éx. 19:12, 21, 24).

El Dios santo creó un pueblo e hizo una alianza con él (Éx. 19:5-6; 20:1ss). La vida del pueblo de Dios refleja, pues, la santidad de Jehová: «Santos seréis, porque santo

soy yo» (Lev. 19:2). Este versículo clave está en el corazón del llamado código de santidad (Lev. 17 - 26), un corpus cuya función es dar las normas de una vida santa en materia de culto, amor al prójimo y justicia. Estos elementos se expresan en varios mandamientos éticos que se aplican a las relaciones culturales, de género (o sexuales) y sociales. El pueblo perdonado por Dios está invitado a obedecer estos mandamientos, no solo por su propio bien, sino también por el bien de todos los pueblos (Éx. 19:5-6).

Isaías 6 describe claramente el carácter imponente de la santidad de Dios, que se asocia con un sentimiento personal de indignidad y una necesidad de purificación. Los profetas del siglo 8 a.C, critican los abusos del sistema de sacrificios, argumentando que los medios de gracia de Dios deben corresponder a una vida de justicia y una purificación interior (Is. 1:10-20; Jer. 7:1-27). La tradición profética subraya aún más la convicción sacerdotal de que la santidad de Dios exige justicia (Is. 6:16; Jer. 31:31-34; Ez. 28:22; 38:23). Dios manifiesta su santidad inspirando a los seres humanos a llevar una vida (o conducta) recta mediante la cual encarnen los valores divinos en su vida comunitaria y comuniquen un conocimiento genuino del Dios santo a las naciones (Is. 42:1, 6).

Dios odia el pecado y la injusticia que existe en su pueblo; su santidad condena el pecado. Sin embargo, el propósito de este juicio no es destruir sino redimir. La manifestación suprema de la santidad de Dios es el amor. Cuando Dios interviene para salvar, es para demostrar su santidad ante todos los pueblos (Ez. 36:22-32). Cuando Isaías predica el perdón y la redención, llama al Dios de la misericordia «el Santo de Israel» (Is. 10:20; 12:6; 29:19). En particular, Oseas demuestra cómo la santidad “encuentra su expresión más profunda en un amor santo y conquistador, enraizado en el vínculo de la alianza de la gracia” (véase cap. 11).

Mientras que la santidad comunitaria del pueblo de Dios era la principal preocupación de las tradiciones sacerdotales y proféticas, los escritos sapienciales se ocupan principalmente de la santidad individual. El Salmo 24 (v. 3-4) es particularmente explícito:

*¿Quién subirá al monte de Jehová?
 ¿Y quién estará en su lugar santo?
 El limpio de manos y puro de corazón;
 El que no ha elevado su alma a cosas vanas,
 Ni jurado con engaño.*

Este texto se basa en el concepto sacerdotal de la pureza como requisito necesari-

rio para una vida de santidad. Exige la pureza ritual, pero también muestra que la santidad requiere integridad individual y dedicación a Dios.

2.3 - El Nuevo Testamento

La comprensión de la santidad en el Nuevo Testamento está en continuidad con la del Antiguo Testamento. El “Padre Nuestro” (Mat. 6:2; Lucas 11:2) santifica el nombre del Padre a la manera de Ezequiel. Apocalipsis 4:6b-10 presupone Isaías 6:3, mientras que el cántico de Moisés y el Cordero se refiere al Salmo 99. El llamado del pueblo santo (1 Pe. 2:9-10) refleja Éxodo 19:2 y Oseas 2:23, mientras que la invitación a la santidad (1 Pe. 1:15) se hace eco de Levítico 11:44; 19:2.

Pocos textos mencionan la santidad de Dios, pero siempre está implícita. Del mismo modo, la palabra «santo» no se aplica a menudo a Jesús, pero cuando lo hace, se aplica con fuerza. Lucas subraya que Jesús, llamado santo desde su nacimiento (Lucas 1:35), está lleno del Espíritu Santo (Lucas 3:22; 4:1), y que su ministerio se lleva a cabo por el poder del Espíritu Santo (Lucas 3:22; 4:1, 14, 18; Hec. 3:14; 4:27, 30). Su carácter es santo (Hebr. 1:9; 4:15; 1 Pe. 2:22). En su lucha contra el mal se le reconoce como el Santo (Marcos 1:24). Pedro confiesa que Jesús es el Santo, enviado de Dios (Juan 6:69) y Apocalipsis 3:7 le da el mismo título («el Santo, el Verdadero») que Dios en Apocalipsis 6:10. Jesús, que fue declarado Hijo de Dios con poder cuando el Espíritu de santidad lo resucitó de entre los muertos (Rom. 1:4), es la encarnación de la santidad para nosotros (1 Cor. 1:30).

La persona divina a la que más se atribuye la santidad es el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Dios y de Cristo (Rom. 8:9). Todos los escritores del Nuevo Testamento ven la venida de Jesús, el Mesías de Dios que iba a dar el Espíritu (Juan 1:33; 20:22) y que derramó el Espíritu sobre toda carne en Pentecostés (Hec. 2:17ss.), como la inauguración de la nueva era. Los vínculos inextricables entre el Padre, el Hijo y el Espíritu (Mat. 28:19) son la base de la posterior doctrina de la Trinidad.

El Espíritu se llama Espíritu Santo en contraste con otros espíritus (Marcos 3:28-30) y para mostrar que comparte la santidad de Dios (Mat. 12:28; Lucas 11:20). En el AT, la santidad de Dios se manifiesta con poder; en el NT, la presencia de Dios en medio de su pueblo se manifiesta primero por las palabras y las obras de Jesús, el Mesías (Mat. 4:23-9:23; Juan 5:19-29; 14:8-11) y luego por el Espíritu Santo (Juan 7:39; 14:25-26).

Como en el Antiguo Testamento, un Dios santo llama a un pueblo santo (1 Pe. 1:15-

16) para celebrar sus obras maravillosas (1 Pe. 2:9-10). La santidad se exige constantemente al pueblo de Dios. El adjetivo “hagios” se utiliza a menudo como sustantivo para describir a los cristianos en su relación con Dios. Consagrados a él en respuesta a su llamado, y aceptados por él a través de su gracia, son llamados “hagioi”. Por la presencia santificadora del Espíritu y sobre la base de la obra redentora de Cristo, los creyentes son hechos santos y llamados hijos de Dios (Rom. 8:14-17). Se apoyan en la fuerza que Dios les da a través de su presencia en el Espíritu (Gál. 5:16; Rom. 8:12-13). Esta última produce en ellos la imagen de Cristo, que es el fruto del Espíritu (Gál. 5:22). Estas personas santas, nacidas del Espíritu (Juan 3:5-8), están unidas en un solo Cuerpo por el Espíritu (1 Cor. 12:12-13; Efe. 4:3-4). El Espíritu les capacita para proclamar el evangelio (Hec. 1:8) y sus dones se comunican siempre para la edificación de la comunidad de creyentes (1 Cor. 12:27).